

VII

LA HISTORIA EXISTENCIAL

Desde la época en que el estudiante del que hablaba en el capítulo anterior se desolaba por la aridez de sus maestros, la Historia universitaria ha rejuvenecido sus métodos y sus principios, y el estudiante actual, si está algo informado, no corre el riesgo de decepcionarse como sus mayores. A su curiosidad se abren demasiadas perspectivas seductoras, en el interior mismo de su *Alma Mater*. Tendencias ya antiguas, pero sofocadas durante mucho tiempo, se han afirmado, y parecería que con el recambio de las generaciones se imponen de manera definitiva. La historia de los hechos, objetiva y exhaustiva, a la manera positivista, si bien se mantiene todavía y persiste en la literatura científica y en el manual, incluso el manual de enseñanza superior, aparece como una supervivencia tenaz, pero condenada a muerte. Hace una veintena de años que la Historia universitaria y científica se renueva profundamente. Los horizontes que descubre a la curiosidad contemporánea tienen que conferir a esta ciencia rejuvenecida un lugar en el mundo intelectual que había perdido desde los románticos, Renan y Fustel de Coulanges. El positivismo de la historia clásica la había situado al margen de los grandes debates de ideas. El marxismo, el historicismo conservador, la habían anexado a filosofías de la historia, demasiado alejadas de la preocupación existencial del hombre contemporáneo.

Algunos científicos notables habían de devolverle su rango, o más bien —porque dicho rango no lo había poseído nunca realmente—, permitirle responder al interés apasionado que hoy día el hombre tiene por el hombre, no por el hombre eterno, sino por cierto hombre, comprometido con su condición de tal. Antes de definir el espíritu de esta nueva historiografía, recordemos brevemente algunas de las obras más sobresalientes, por lo menos las que han hecho

escuela. Hay dos nombres que se imponen de inmediato: Marc Bloch y Lucien Febvre.¹

Marc Bloch es ciertamente uno de los más grandes historiadores franceses. La guerra (fue ejecutado por los alemanes en 1943) cortó su obra en el momento en que su larga maduración debía permitirle desarrollar concepciones cuyo atrevimiento exigía que las fundamentase sobre una erudición impresionante. Pero tal como quedó, la obra de Marc Bloch ejerció sobre los historiadores una influencia determinante. Bloch, junto con Lucien Febvre, está en el origen del rejuvenecimiento de una ciencia que se desintegraba en el tedio. Es curioso que estos dos maestros de la historia francesa vengan de la Universidad de Estrasburgo, donde enseñaron largo tiempo. El contacto viviente con el mundo renano, germánico, pero también, en el caso de L. Febvre, con el Franco Condado, atravesado de influencias españolas, no fue sin duda extraño a la concepción que ambos tuvieron de una historia comparativa de los modos característicos de civilización.

En la obra de Marc Bloch, importante ya a pesar de su relativa brevedad, quisiera destacar dos aspectos susceptibles de llamar la atención.

Ante todo su magistral historia de los *Caracteres originales de la historia rural en Francia*. Por historia rural Marc Bloch no entendía la historia de las políticas rurales de los gobiernos o de las administraciones, sino la de las estructuras agrarias, los modos de ocupación de la tierra, de su subdivisión, de su explotación. De hecho, es una historia del paisaje construido por manos de hombres. Esto aparece ya en el título del libro que la obra de Bloch inspiró a G. Roupnei, ese otro innovador modesto y apasionado: *Historia de la campiña francesa*. M. Bloch abrió a la Gran Historia el dominio, casi virgen en Francia (no estaba en Inglaterra y los países escandinavos), de las transformaciones del paisaje rural por el contacto más íntimo con el hombre y con su existencia de todos los días. Antes de él, con el viejo

¹ Este capítulo estaba escrito y compuesto antes de la aparición del libro *Combate por la Historia*; Lucien Febvre reunió, en una compilación particularmente sugerente, los artículos de crítica donde sus ideas sobre la historia están más desarrolladas.

Babeau, estas investigaciones conservaban un carácter descriptivo y anecdótico. M. Bloch les restituyó una significación para la comprensión de la sociedad francesa, que había sido casi exclusivamente rural hasta el siglo XVII. Su método le permitía aprehender las estructuras sociales desde el interior, más allá de las descripciones pintorescas y agradables pero que no tocaban lo esencial: el lugar geométrico del hombre y de su trabajo cotidiano, del campesino y de la tierra.

Otra innovación: los *Caracteres originales...* de M. Bloch no se limitaban a un pequeño segmento del tiempo, y sin embargo era tradición de los eruditos especializarse en cierto período, y cuanto más breve era éste, tanto más considerado era el estudioso. Aunque medievalista M. Bloch no vaciló en prolongar su historia de las estructuras agrarias hasta el siglo XIX, siempre con el mismo acierto de erudición. A una especialización horizontal, en el tiempo, la reemplazó por una especialización vertical, a través del tiempo. Este método era peligroso, porque exigía conocimientos considerables, pero permitía poner de relieve las articulaciones de la evolución, en lugar de hundir su objeto en un grisado de hechos demasiado próximos y por lo tanto demasiado semejantes. Rompía el marco de una especialización que, en el punto a que había sido llevada, no permitía ya asir las diferencias de tiempos y lugares. Felizmente, este método se expandiría, porque entonces los historiadores advirtieron que la historia de las instituciones se hace casi ininteligible si no abarca un período suficientemente largo para que las variaciones se hagan sensibles. Y los fenómenos institucionales no son comprensibles para los no contemporáneos sino es en el interior de las variaciones que los distinguen y particularizan.

A esto se debe que el estudio del feudalismo fuera completamente renovado por Marc Bloch en sus dos notables obras sobre *La sociedad feudal: la formación de los vínculos de vasallaje, y Las clases y los gobiernos de los hombres.*²

² Dos volúmenes, Albin Michel, colección *La evolución de la humanidad*, 1939 y 1940.

Antes de Bloch, los medievalistas o los juristas tenían el hábito de encarar el feudalismo como una "organización" dada de una vez por todas, que bastaba describir tal como fue en su madurez para explicar inmediatamente sus orígenes.

Si abro el librito de J. Calmette sobre *La sociedad feudal*, que en 1923 constituía el eje de la cuestión, me encuentro con el primer capítulo, titulado "Los orígenes feudales", donde el autor recurre a los Derechos bárbaros y romanos para mostrar cómo nació el feudo por la combinación de dos instituciones anteriores, el beneficio y el vasallaje: reconoce inmediatamente el método clásico de la filiación de los hechos. La filiación puede ser objetivamente exacta, pero no explica nada de las condiciones que hacen del feudo algo diferente del vasallaje y del beneficio.

Después del capítulo de los orígenes, me encuentro con "La organización feudal", donde describe un feudalismo tipo, sin insistir sobre las diferencias regionales y la diversidad de las evoluciones.

Marc Bloch retomó el problema de una manera distinta de la de sus predecesores. Sin simplificar excesivamente su itinerario, se pueden definir dos direcciones principales.

Ante todo, no existe un feudalismo sino una mentalidad feudal. El estudio de las instituciones sale así del ámbito del Derecho (sin desdeñar —muy lejos de ello— los datos del Derecho) y se inserta en la historia de una estructura mental, de un estado de costumbres, de un ambiente humano. Bloch investigó, pues, en qué medida el hombre feudal difería de sus antecesores, en vez de detenerse a seguir en el mundo feudal las prolongaciones del mundo prefeudal. Antes de él se explicaba el feudo por el vasallazgo y el beneficio. Con él, se contrasta el feudal con el compañero y el beneficiario, bajo-romano o germánico.

Luego, y éste es el segundo punto de su método, establece que no hay un feudalismo, general en todo Occidente, sino muchos estados de una sociedad, bastante afines entre sí como para que se los reúna bajo el rótulo de "feudal", pero bastante diferentes también para que no se los confunda, teniendo presente, además, que extensos dominios quedaron

fuera de los hábitos llamados feudales. Desde el comienzo de su estudio, Bloch distingue con cuidado tiempos y lugares; distingue y compara.

Pero si Marc Bloch se obligaba así a discriminar la diversidad de las morfologías feudales —y no feudales— no era de ninguna manera para obedecer al tradicional imperativo de exhaustividad, para establecer un catálogo más o menos completo de instituciones más o menos afines. Para él, se trataba, por el contrario, de una manera de delimitar e interpretar la esencia común a diferentes formas.

En efecto; todo el mundo reconocía la diversidad de las instituciones y de sus desarrollos. Pero se admitía que esta diversidad era secundaria, que existía un contenido común a este polimorfismo, y la historia científica clásica se daba como cometido definir ese contenido mediante la eliminación de los detalles adventicios, considerados como adiciones externas, arcaísmos o adulteraciones por obra de influencias extrañas. Se reducía la diversidad a un prototipo más o menos deformado aquí y allí, y lo esencial era ese prototipo.

Marc Bloch no niega la realidad de una sociedad feudal, pero no la busca en un promedio de las diferencias. Por el contrario, la encuentra en la comparación de las diferencias mismas, sin intentar jamás reducirlas, más allá de su variedad, a un prototipo común. Si existe una unidad, no se la descubre mediante la abstracción sino en el seno mismo de la diversidad. Esta unidad aparece como el resultado de una tensión en las diversidades, y la percibimos como unidad gracias a la especificidad de ese complejo en relación con los otros complejos de diversidades, que la precedieron o siguieron, o que coexisten con ella.

La unidad es lo que hace que los otros sean otros. Y esta alteridad no se reduce a un promedio común a las subdivisiones de un mismo conjunto. Más aun; la conciencia concreta de esta unidad se altera a medida que el observador se aleja de una percepción aguda de las diferencias que son irreductibles a un grado superior de diversidad. Una estructura social se caracteriza por lo que la diversifica en el tiempo y en el espacio.

El esfuerzo de L. Febvre es inseparable del de Marc Bloch. Dirigieron juntos aquellos admirables *Annales d'Histoire Sociale* que hicieron entrar en el mundo de los hombres de ciencia y en una parte apreciable del gran público cultivado una concepción viviente y fecunda de la Historia. Nadie contribuyó más que L. Febvre a esta renovación. De sus libros y sus artículos publicados en los *Annales* y en la *Revue de Synthèse Historique* se podría sacar con facilidad el material para un vigoroso ensayo sobre el método histórico, y también las primeras bases para una filosofía sobre la Historia. En este sentido, su obra es decisiva, y su importancia debe ser subrayada de inmediato. Sin embargo, no insistiré en ello, porque sería un trabajo de antología y habría que reunir demasiados extractos y citas, lo que no es el objetivo del presente ensayo. Por otra parte, correría yo el riesgo de incurrir en la repetición, puesto que muchos de los pasajes que conforman las páginas precedentes se inspiran muy de cerca en las opiniones de L. Febvre.

Como en el caso de M. Bloch, quisiera solamente evocar algunos aspectos de su método de historiador y mostrar en qué sentido se orienta esta nueva escuela.

Me apoyaré en dos obras recientes de L. Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*;³ *En torno del "Heptamerón": amor sagrado, amor profano*.⁴

Ambas tratan de las estructuras mentales propias de los hombres del siglo XVI. Pero ninguna aborda este tema de manera directa: la intención se abre paso sólo en los títulos o los subtítulos. Febvre no se propone agotar su tema, la sociedad del siglo XVI, o de hacer una segmentación superficial de él, ocupándose de una zona de esta sociedad. De hecho, la atraviesa toda entera, pero en un punto elegido por él, como quien echa una sonda. Y el lugar para sondear lo elige Febvre allí donde su investigación tropieza con un fenómeno extraño y enigmático a sus ojos. No relata una

³ París, Albin Michel, colección "La evolución de la Humanidad", 1942.

⁴ París, Gallimard, 1944.

historia, sino plantea un problema y lo hace, en general, a propósito de un hombre (Rabelais, Buenaventura, Des Périers, Margarita de Navarra) o de un rasgo de costumbres: los procesos de hechicería. Distingue en la gesta del pasado aquello que le parece subrayar una diferencia entre la sensibilidad del hombre de otrora y la del hombre de hoy. ¿En qué consiste esta diferencia? Esto es plantear el problema. ¿A qué corresponde esta diferencia en el estado de las culturas que se comparan? Esto es aportar una interpretación y adelantar una hipótesis. ¿En qué medida esta hipótesis, fundada en un caso singular es aplicable al conjunto de la sociedad? Esto es intentar un ensayo de reconstrucción histórica, sin desarrollar la Historia como si fuera una cinta continua de acontecimientos, sino refiriéndola al problema inicial, al asombro de comparar el ayer y el hoy que dio origen a la investigación y sigue sosteniéndola y orientándola.

La Historia se presenta entonces como la respuesta a una sorpresa, y el historiador es ante todo aquel que es capaz de asombrarse, que toma conciencia de las anomalías tal como las percibe en la sucesión de los fenómenos.

Esta actitud ante la Historia supone una relación entre el historiador y el pasado, y una concepción de la evolución que es muy diferente de los principios reconocidos por la escuela clásica.⁵

¿Fue Rabelais un precursor de los libertinos y de los descreídos, como han sostenido los historiadores? Pero, ¿en qué medida podía estar desprendido de toda creencia, viviendo en el universo mental y social de base religiosa en el que estaba inmerso? Si se lo encara así, el caso de Rabelais deja de ser una curiosidad de historia literaria para convertirse en un problema crucial, y de la solución que se le dé depende toda una concepción del hombre en la Historia. O Rabelais podía ser un ateo, más o menos confeso, y la Historia aparece entonces como una lenta maduración en la

⁵ Implica, evidentemente, la convicción de que la Historia no existe como una realidad que el historiador tiene que reconstituir, sino que, por el contrario, el historiador es quien tiene que darle existencia. A este respecto, véase Raymond Aron, *Introducción a la filosofía de la historia*, op. cit.

cual los datos nuevos surgen insensiblemente de datos anteriores; o bien Rabelais, en el mundo del siglo XVI, no podía no compartir los sentimientos de su tiempo y estaba integrado en su tiempo, el cual no se asemejaba a ningún otro tiempo. Y entonces la Historia no es ya una evolución donde los elementos de variabilidad son apenas perceptibles de un momento a otro, sino que se convierte en el pasaje brusco de una cultura a otra, de una totalidad a otra.

No se trata de hacerle decir a Lucien Febvre lo que no escribió ni pensó, de arrastrarlo a una concepción de la Historia como dotada de una discontinuidad inherente. En su duración mensurable, la Historia es ciertamente continua, pero el método problemático de Febvre lo lleva a concebir la Historia como una sucesión de estructuras totales y cerradas, recíprocamente irreductibles. Es imposible explicar unas por otras, apelando a la degradación de la una en la otra. Entre dos culturas sucesivas existen oposiciones esenciales. Entre la primera y la segunda ha sucedido algo que no estaba en la primera, algo equivalente a una mutación en la biología. En mi opinión, la metodología de L. Febvre, aunque todavía no se ha definido él, que yo sepa, sobre este punto de una manera explícita, lo orienta hacia una sociología alejada del vago transformismo que subyace a los historiadores de los siglos XIX y XX. Una sociedad se le presenta como una estructura completa y homogénea, que expulsa los elementos extraños o los reduce al silencio. Y si se degrada, no se reconstituye insensiblemente bajo formas derivadas, sino que se defiende y, aun aniquilada, sigue sobreviviéndose con tenacidad, pero no dentro de la sociedad que la reemplaza sino a la par de ella: es lo que se conoce con el nombre de "arcaísmos".

Sólo que estas estructuras discontinuas —en una duración materialmente continua— no pueden aprehenderse en estado de aislamiento. En el interior de una época limitada, donde se acantonaban escrupulosamente los viejos especialistas, todos los fenómenos se asemejan, confundidos en el mismo grisado descolorido. Es un privilegio del hombre viviente captar sin esfuerzo el mundo que lo rodea. Pero el historiador no es un hombre del pasado. Su imaginación no

le recupera la vida, y la apelación a la anécdota pintoresca y sugerente no compensa el alejamiento. El historiador no puede aprehender directamente la singularidad del pasado de la manera como el contemporáneo percibe sin mediación el color propio de su tiempo.

La originalidad del pasado solamente se hace presente al historiador por referencia a un término de comparación que le es conocido ingenuamente, a saber, su presente, que es la única duración que puede percibir sin esfuerzo de conciencia o de objetivación. De esta manera, Febvre se ve llevado a reconstituir el ambiente propio del siglo XVI a partir de las diferencias que oponen su sensibilidad a la nuestra. Este es el tema de su libro sobre Margarita de Navarra. ¿Sería admisible hoy día que una mujer sincera y estimada, sometida a los cánones sociales de su tiempo y de su clase, escribiera a la vez *El heptamerón* y el *Espejo del alma pecadora*? ¿Podría imaginarse hoy que, sin remordimientos ni hipocresía, un rey hiciera de incógnito sus devociones al salir del lecho de su amante? Montaigne mismo comenzaba a sentir que era un poco difícil de tragar. Margarita de Navarra no sería posible actualmente, ni siquiera descendiendo peldaño por peldaño, cincuenta años después de su muerte. ¿Por qué? Porque, comenta L. Febvre, existía entonces una relación entre moral y religión que es distinta de la nuestra, y una religión y una moral que tenían un colorido distinto de las nuestras. Esta afirmación puede discutirse; no importa. Lo único que nos interesa aquí es qué dirección debe tomar el historiador en su búsqueda. Establece, ante todo, las diferencias; luego, con esas diferencias, reconstituye una estructura que, pronto, deja de estar integrada por negaciones y aparece como una totalidad original. Al llegar al límite, el historiador percibe su pasado con una conciencia muy cercana a la del contemporáneo de ese pasado.

Ahora bien; si el historiador ha llegado a esta superación de sí mismo y de sus prejuicios de hombre de su tiempo, no ha sido desprendiéndose de su tiempo, olvidándolo o suprimiéndolo, sino al contrario, refiriéndose en primer término a su presente. Parece difícil, pues, aprehender la naturaleza propia del pasado si uno mutila en sí mismo el

sentido de su presente. El historiador no puede ser hombre de gabinete, uno de esos sabios de caricatura, atrincherado detrás de sus ficheros y sus libros, cerrado al estrépito exterior. Alguien así ha matado sus facultades de asombro y ha dejado de ser sensible a los contrastes de la Historia. Que conozca los archivos y las bibliotecas —no hace falta decirlo— es imprescindible. Pero no es suficiente. Necesita además aprehender la vida de su época para, desde ella, remontarse a las diferencias que le abren el camino hacia un mundo inaccesible.

—El rejuvenecimiento de la Historia contemporánea no está limitado a las modalidades de M. Bloch y L. Febvre. En realidad, se manifiesta en los ambientes más variados.

La Historia Antigua no ha escapado a él. Los descubrimientos más sugerentes no se deben al solo perfeccionamiento de los utensilios arqueológicos o filológicos, sino al empleo de métodos comparativos en el tiempo y en el espacio. La Historia de la Antigüedad no se detiene ya en la cronología o en la geografía clásica. Confina con la prehistoria y se extiende hasta la India y el Asia central: la historia griega se ha visto así renovada gracias al método comparativo tanto como por los descubrimientos documentales. Los historiadores eligen temas donde la comparación es posible. Por eso se apartan de los períodos clásicos, aislados en una unidad —por lo demás cuestionable— por la historiografía antigua, y prefieren las áreas y los tiempos en que varias civilizaciones se enfrentan y se recubren: el mundo helenístico, iranio, levantino; los intercambios entre Oriente y Occidente a lo largo de la ruta de la seda, de las pistas de las caravanas.

La Historia Moderna, y sobre todo la contemporánea, se ha mantenido más refractaria a la renovación de los métodos y los principios. Ante todo, porque en ella los hechos políticos han conservado su importancia predominante. Nuestros contemporáneos sienten menos la necesidad de explicitar mediante la Historia la conciencia de su propio tiempo, que se les da de manera ingenua. Hay que reconocer, por último, que la masa de la documentación ha exigido una especialización no sólo en los tiempos sino también

en los materiales de la Historia. Junto a los historiadores de la Historia política están los historiadores de la Historia económica, como si hubiera una economía, una política por separado, y no una totalidad humana, política, económica, moral y religiosa a la vez, que es imposible disociar. Por ello las investigaciones de estos especialistas, por más nuevas y fecundas que sean estas especialidades, culminan en callejones sin salida. Se los consulta con provecho, pero sus eruditos estudios no están demasiado lejos de los métodos de la Escuela. Pienso, particularmente, en la historia de los precios, muy importante, sin duda alguna, pero cuya importancia no ha sido todavía empleada para considerar la incidencia de los precios sobre la mentalidad de los hombres.

De todas maneras, si la renovación es menos general y menos vigorosa en historia contemporánea, no ha dejado de inspirar investigaciones muy importantes. En este caso, la investigación versó menos sobre el tiempo que sobre el espacio, merced sobre todo a los progresos paralelos de la sociología y la geografía: geografía electoral, de las prácticas religiosas; estudios de los niveles de vida, de las mentalidades colectivas, de los fenómenos demográficos, de las actitudes ante la vida y la muerte.

Esta rápida inspección de horizontes, por incompleta que sea, basta para dar cuenta del hervidero de ideas nuevas, en materia de temas y en materia de métodos, dentro de la historia contemporánea. Intentemos ahora caracterizar los puntos comunes a este conjunto de investigaciones y en qué medida definen una actitud ante la Historia.

Volvamos, pues, sobre cosas que hemos dicho allí y aquí, a propósito de esto o aquello, para armar un pequeño catecismo de una historia "existencial", que será a la vez demasiado riguroso y demasiado incompleto, pero que nos permitirá ver un poco claro en esta materia que se encuentra en plena transformación.

La historia clásica de fines del siglo XIX se definía como la ciencia de los hechos y de su sucesión lógica y cronológica. La ciencia moderna se afirma como las ciencias de

las estructuras, y hay que tomar la palabra "estructura" en un sentido muy afín al de la Gestalt. Esta estructura no es solamente un conjunto de hechos relacionados por su orden en el tiempo o por su encadenamiento causal. Los hechos no son más que el material. La estructura, o como prefieren decir los historiadores, el ambiente, es una totalidad orgánica que agrupa los hechos, pero bajo una forma y una iluminación —según una estética— que les son propias en un momento del tiempo y en un punto del espacio. Una misma estructura no se repitió nunca ni se repetirá jamás. Su reconstitución arqueológica efectuada por el historiador coincide con la conciencia ingenua que el contemporáneo toma de la particularidad del tiempo en que vive.

La búsqueda de una estructura depende menos de la naturaleza de los hechos que de su organización de conjunto.

Se ha dicho demasiado que la renovación de la Historia se debió a la elección de los temas. La Historia a la manera antigua sería la historia-batalla o la historia-política. La Historia según las concepciones modernas sería la historia económica o social. No es exacto. La Historia es actualmente total, y no elimina ni los hechos políticos ni los hechos militares. Desconfía solamente de los hechos aislados, de los hechos de herbario o de laboratorio. Los acontecimientos militares, diplomáticos, políticos, responden mejor que los otros fenómenos sociales a la definición positivista del hecho. Y es así porque ellos mismos son productos promedio, primeras abstracciones. Se sitúan en un grado de la institución que se ha alejado de la representación concreta del hombre en su tiempo. A ello se debe que muestren entre sí un aire de familia que ha seducido a los moralistas, los políticos y los eruditos. Son más fáciles de aislar, se separan sin dificultad del flujo movedizo de los fenómenos. Adoptan sin resistirse esa vida autónoma del hecho que se fecha y se inserta en la cadena continua de los efectos y de las causas. Están situados en el límite entre lo concreto histórico y el hecho abstracto de las historias. Por eso las historias clásicas los adoptaron con entusiasmo y redujeron pronto exclusivamente a ellos el tema de sus investigaciones.

Esto no quiere decir que no existan. Todavía será necesario volverlos a colocar en la estructura a la que pertenecen, es decir, interrogarlos no ya sobre ellos mismos, como si fueran independientes y autónomos, sino sobre la estructura de la que son uno de los elementos constitutivos. Y lo propio de un ambiente humano consiste en que cada uno de estos elementos no sea simple sino que reproduzca toda la complejidad de su ambiente. Los hechos diplomáticos pueden entonces proporcionar la materia de un aporte a una historia estructural como aquella de la que hablamos, cual sucede en los estudios de J. Ancel sobre la política europea, la noción de fronteras, etcétera.

Sin embargo, el historiador mostrará más predilección por los fenómenos que no han sufrido el proceso de generalización de los fenómenos políticos. Buscará con fervor los datos que existen *antes* de la institución y conservan intacta la frescura de las particularidades: las cosas de las que se sabe inmediatamente que son únicas, no se reprodujeron nunca y no se reproducirán jamás. Es por ello que la historiografía reciente se interesa de manera especial por los fenómenos económicos y sociales; están más próximos de la vida cotidiana de todos los hombres. Son, por decirlo así, hechos existenciales. Pero esa cualidad existencial no la poseen intrínsecamente. Si se los aísla, se vuelven, como los hechos políticos, hechos abstractos, que han perdido su sentido y su color. No existen sino dentro de su estructura. Es verdad que es más difícil separarlos, y sin embargo la economía política no se ha abstenido de hacerlo, y sus tan rigurosos esquemas son tan mecánicos por lo menos como las sucesiones causales de los historiadores objetivos.

Entre los materiales del pasado, la historiografía moderna concede un crédito especial a testimonios a los que actualmente se les atribuye un valor que escapaba *ipso facto* a los contemporáneos. En los relatos del pasado, el historiador se interesa por lo que al contemporáneo le parecía natural, lo que el contemporáneo no hubiera podido marcar sin incurrir en puerilidad. Y la razón es que un mundo (o una estructura) se particulariza por hábitos colectivos cuya característica es ser espontáneos. Estos hábitos desaparecen

cuando cesa su espontaneidad y su desvanecimiento señala el fin de un mundo que ellos definían. A ese hombre de otro mundo que es el historiador las espontaneidades del pasado se le presentan, en cambio, como extrañezas. Hay pues datos históricos que son a la vez espontáneos para los contemporáneos y extraños para el historiador. Su espontaneidad los pone al abrigo del defecto inherente a tantos documentos cuyo autor ha posado para la posteridad y calcula los acontecimientos que relata. Pero al historiador le interesa solamente lo que tal hombre dice sin saberlo.

Al historiador, por ello, le incumbirá explicar en qué sentido esos hábitos ingenuos y que es necesario reconstruir caracterizan las costumbres de un tiempo en que eran naturales e irreflexivas. Tiene que psicoanalizar los documentos, como Marc Bloch y Lucien Febvre psicoanalizaron los testimonios de la Edad Media y del Renacimiento para reconocer la mentalidad particular de esas épocas, es decir, una mentalidad inadvertida por los contemporáneos y asombrosa para nosotros.

En realidad, esta necesidad del psicoanálisis histórico no se limita a un determinado género de hechos. Los hechos políticos, diplomáticos, militares, no escapan de ella. Un hecho deja de ser una muestra de laboratorio y entra en relación con la estructura total cuando aparece como un hábito espontáneo y que ha dejado de ser tal. Concebido así, el hecho posee un valor incuestionable, por lo menos como util de trabajo para la reconstitución histórica. Puede definirse como el elemento de una estructura pensada que no existe ya en la estructura del observador, en el presente del historiador.

De lo dicho resulta que no existe otra historia que la historia comparativa. La Historia es la comparación de dos estructuras que se trascienden reciprocamente. Remontamos del presente al pasado, pero descendemos también del pasado al presente.

El contemporáneo tiene el sentimiento natural de su Historia, pero de la misma manera como tiene conciencia de sí mismo: no se la representa claramente y ni siquiera siente la necesidad de hacerlo. Por ello la Historia

científica ha llegado tan tarde; por ello ha sido tan lerdia en definir sus métodos y sus fines; por ello fue inicialmente una Historia Antigua. Es más fácil descubrir al otro: aunque se lo conciba torpemente, aunque, por una reacción que sigue a la primera sorpresa, se reduzca esa alteridad a un prototipo promedio, el hombre clásico.

En el punto de origen de la Historia más primitiva, la más sobrecargada de moral y política, encontramos un elemento —a veces imperceptible y borrado— de asombro y de curiosidad. Este asombro no existe dentro de la propia Historia, donde todo es obvio. Por ello la historia de los contemporáneos ha sido la más tardía y la menos satisfactoria. Comenzó por la historia de los hechos. Por una parte, los hechos, debidamente solicitados, ofrecían argumentos políticos y polémicos a las opiniones de los partidos. En definitiva, el hecho, abstracto y objetivo, es una construcción lógica que no depende de un sentimiento viviente de la Historia. Las historias de la Antigüedad, la Edad Media, el Renacimiento habían comenzado ya su reforma, pero la historia contemporánea persistía en los métodos narrativos y analíticos de la época positivista.

Lo mismo que las otras historias, la historia contemporánea sólo puede ser comparativa. El historiador del pasado tiene que referirse al propio presente. El historiador del presente, al contrario, tiene que abandonar su presente para remitirse a un pasado de referencia. El historiador del pasado debía tener de su presente la conciencia ingenua de un contemporáneo. El historiador del presente debe adquirir de su presente un conocimiento arqueológico de historiador. De lo contrario, la estructura que quiere definir se le vuelve demasiado natural como para que pueda percibirla claramente. El historiador del presente, y no del pasado, es quien debe salir de su tiempo; no para ser un hombre de ningún tiempo, sino para ser el de otro tiempo.

La Historia nace de las relaciones que el historiador percibe entre dos estructuras diferentes en el tiempo y en el espacio.

Entendida así, la Historia, para vivir, exige que haya

estructuras fundamentalmente diferentes, tan diferentes, que sea imposible pasar de una a otra por degradaciones insensibles. Este pasaje pudo ser (ha sido casi siempre) insensible para los contemporáneos en los períodos de transición. Pero los contemporáneos no vivían esta transición como un pasaje de un antes a un después. Para ellos era un presente que englobaba a la vez supervivencias y anticipaciones, sin que el pasaje se diera objetivamente en el interior de la propia estructura. La Historia postula la trascendencia de las culturas sucesivas, y el método moderno se funda sobre esta trascendencia. Es imposible, pues decir hoy de la Historia, como se escribía ayer, que es una ciencia de la evolución. Los historiadores persistirán en emplear esta palabra, cómoda y peligrosa, de evolución para expresar ideas de cambio, de lenta deriva, pero paulatinamente irán vaciando el término de su connotación biológica.

La Historia, aun conservando y perfeccionando su instrumental científico, se concibe como un diálogo en el cual el presente no está ausente nunca. Abandona aquella indiferencia que los maestros de otrora le querían imponer.

El historiador actual reconoce sin vergüenza que pertenece al mundo moderno y que trabaja a su manera para responder a las inquietudes (que él comparte) de sus contemporáneos. Su visión del pasado permanece ligada al presente, un presente que ya no es solamente una referencia metodológica. La Historia ha dejado de ser una ciencia serena e indiferente. Se abre a la preocupación contemporánea, de la que constituye una expresión. Ya no es solamente una técnica de especialista, sino que se convierte en una manera de ser en el tiempo, propia del hombre.